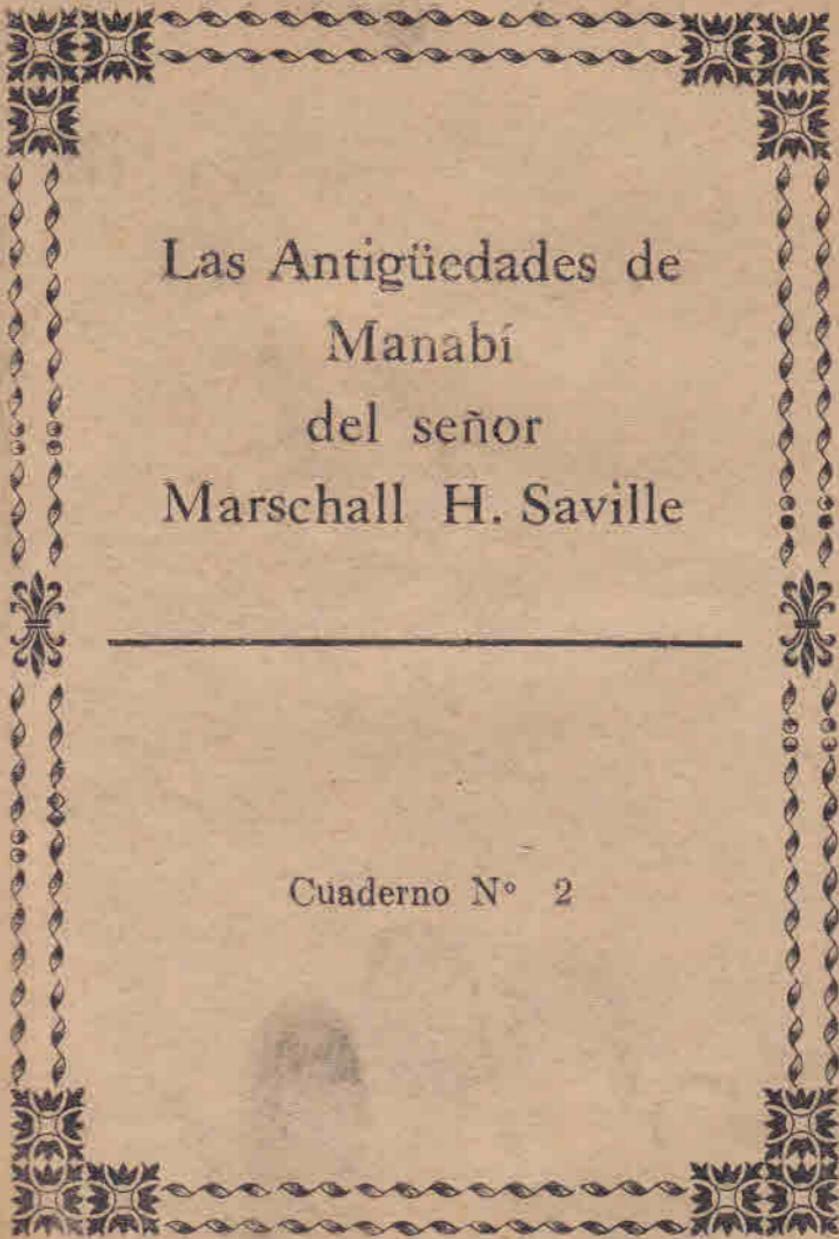


6/01



Las Antigüedades de
Manabí
del señor
Marschall H. Saville

Cuaderno N° 2

las dos poblaciones una sola, pero sus esfuerzos fracasaron ante la oposición de los vecinos (23) En 1.628 Manta y Portoviejo fueron saqueados y destruidos por los piratas ingleses; Portoviejo por tal razón tuvo que mudar de sitio y lo hizo en tal forma que hasta la fecha no se sabe de modo cierto cual fue el primitivo lugar de su fundación: tan completamente fue destruido y tanto fue el abandono de los vecinos. La actual ciudad de Montecristi se hallaba a la orilla del mar, mejor dicho la misma actual ciudad de Manta se llamaba por aquella época Montecristi: después del saqueo, la población se trasladó al pie del cerro donde hoy se levanta y fue Montecristi la de tierra adentro y la que quedó a orilla del mar se llamó Manta. * (24) Los numerosos pueblos indígenas de los tiempos de la conquista poco a poco han ido desapareciendo, y hoy la provincia está lejos de mantener una población medianamente densa. En un relato de 1.591, al enumerarse el número de indios tributarios de la Corona española, se daban como existentes en Manabí gran número de pueblos que casi en su totalidad llevaban nombres indígenas y de los que aun existen al presente con denominación igual o parecida los que siguen: (el nombre moderno va entre paréntesis) Picoacan [Picoazá], Xipixapa (Jipijapa), Tosaguas (Tosagua), Toal (Toalla), Manta (Manta), Monte Cristo (Monte Cristi) y Charapotó (Chorapotó). (25)

Raros son los nombres de las tribus precolombinas en esta parte de América que han llegado hasta nosotros. Velasco escribe que los gigantes se comieron a gran parte de los nativos que hallaron en el País y que obligaron al resto a emigrar, y que

* Mejor dicho, el santuario de Montecristi se hallaba en Manta y de este hecho hay constancia en los libros parroquiales de Montecristi

la provincia no se volvió a poblar de hombres de la talla común sino después de la desaparición de los de talla enorme; y agrega, que de familias e individuos dispersos de diversas procedencias o nacionalidades hubo en Manabí, después de la muerte de los gigantes, nueve tribus, que las nueve tribus se unieron en una sola conservando siempre las denominaciones primitivas que eran: Apichiques, Cancebis, Charapotes, Pichotes, Pichoasaes, Pichunsis, Manabies, Jarahusas, Jipijapas y Mantas [26]. Ulloa nos da otros nombres en el párrafo que a continuación copiamos tomado de Garcilaso de la Vega: "En las tribus de la Costa hay q' distinguir las más o menos civilizadas que respondían a los nombres de Apichiqui, Pichunsi, Sava, Peclansimiqui y Pampahuaci y las completamente salvajes, llamadas Saramissu y Panpahuaci, tan salvajes que los incas mismos las consideraron indignas de ser conquistadas por ellos. (27)

Es casi imposible hacer la historia de Manabí, referir la aparición de los diversos pueblos y contar las costumbres de los indios de la época precolombina. En las transcripciones de los autores españoles de los primeros tiempos de la conquista, que hacemos en las notas de esta obra, está recopilado lo más importante que se ha publicado hasta la fecha. Tal vez existan en los archivos y librerías de España manuscritos inéditos que algún día hagan más luz sobre Manabí antes del siglo XV. Las narraciones que se conocen, se refieren, por lo común, también a la provincia de Esmeraldas, provincia en la que según el material arqueológico, existía una civilización distinta de la que nos ocupa. En la isla de La Plata, junto a la costa de Manabí, ha obtenido Dorsey objetos precolombinos que delatan una civilización bastante parecida a la del continente.

Sobre la historia y costumbres he aquí algo de lo poco que sabemos. Los naturales de Manabí, se-

gún ciertas relaciones, adoraban al mar, a los peces, los tigres, los leones, las culebras y a una gran esmeralda. Los templos o lugares de adoración, en que tenían sus ídolos, se llamaban guacas; las puertas de éstos daban al oriente y se los cubría con tela blanca de algodón. Velasco da la siguiente interesante relación al respecto: «En la provincia había dos templos desde tiempos inmemoriales y que por la época de la venida de los españoles se conservaban aun; el uno estaba en el continente y el otro en la isla llamada hoy día La Plata. El del continente era famosísimo y de los mas célebres de América, tan rico que solo el de Pachácamac podía superarle y tan frecuentado por peregrinos de todas partes que no reconocía otro igual; estaba dedicado al dios de la salud UMINA y el ídolo que lo representaba era una gran piedra de finísima esmeralda cuyo valor excedía a los tesoros de muchos templos juntos y tenía tallada la figura de medio cuerpo humano. A este célebre santuario acudían enfermos de diversos lugares, ya sea caminando por sus propios pies, ya sea en brazos de otras personas; el sacerdote recibía las ofrendas de oro, plata y piedras preciosas de manos del mismo peregrino; éste se postraba al suelo, y estando en tal actitud el sacerdote tomaba el idolillo con un género muy blanco y bien limpio y lo aplicaba con gran reverencia a la cabeza o a la parte afectada del paciente. Se dice que sanaban muchos (de entre los que adolecían de enfermedades nerviosas seguramente). El templo de la isla La Plata estaba dedicado al sol y era famoso y tan celebrado y rico como el del continente; los habitantes de la costa iban allá en canoas y celebraban el solsticio de invierno con un gran festival de muchos días; las ofrendas eran oro, plata, piedras preciosas, telas muy finas, pieles y se sacrificaba también un determinado número de niños, costumbre, esta última, que la

abolieron por completo los incas cuando estas tierras cayeron bajo su dominio.»

Los indios de Manabí sacrificaban no sólo niños sino además mujeres, y hasta hombres cuando se trataba de prisioneros de guerra. A éstos les quitaban el cuero y formando con él la figura humana, lo llenaban de ceniza y lo colgaban de las puertas de los templos o en los sitios destinados a las fiestas y danzas. Los sacerdotes eran agoreros y buscaban los signos favorables o desfavorables de los destinos humanos en las entrañas de las víctimas, que sacrificaban a sus deidades. Los ídolos se los construía de varias formas y eran de barro, piedra, oro o plata, y en Manta había también la gran esmeralda de que ya hemos hablado y de que nos ocupamos después más largamente.

En la descripción que hace de Portoviejo Cieza de León (28) habla de un obsequio de uno de los indios a un español. Era este obsequio un gran pedazo de oro en forma de tabla que parecía haber sido cortado, o formar parte, de otra pieza de oro; el indio que lo regaló era tenido como poseedor de esa pieza, que se decía era una gran plancha de oro sobre la que descansaba una plataforma también de oro, y sobre ella un trono del mismo metal en que alguien [probablemente el indio o el sacerdote] se sentaba durante ciertos sacrificios y grandes solemnidades del año.

Por lo que respecta a la moralidad de los nativos de Manabí, el mismo Cieza de León afirma que era voz común entre los indios del Perú que se practicaba la sodomía en muchos de los pueblos del distrito de Puebloviejo [Portoviejo]. Y esta aseveración que da la regla de baja moralidad de las tribus manabitas es tan explícita, como la de la práctica del canibalismo que se asegura era común entre los habitantes del Valle del Cauca. En cuanto al modo de sepul-

tar a sus muertos, el autor a que nos venimos refiriendo dice: que hacían en la tierra grandes huecos, que más tenían de pozo que de tumba, y que allí enterraban con el finado la más bonita y más querida de sus mujeres, ¡ joyas de valor, como también alimentos y jarros de chicha o vino hecho de maíz: Para comunicar al muerto con los vivos, metían en la sepultura el extremo de una caña hueca de las que crecen en el país. Por el otro extremo, que quedaba sobre la superficie, cuidaban de vaciar con frecuencia la bebida hecha del maíz, llamada aca, con la firme persuasión de que el muerto se embriagaría de este licor de todo su agrado. Acostumbraban estos indios deformar o contraer las cabezas de sus hijos, y tenían la costumbre de pintarse la cara y el cuerpo de varios colores: les era de todo su gusto los adornos de oro, plata y esmeraldas.

No tenían un idioma común; en la relativamente pequeña extensión de la provincia, casi cada pueblo hablaba un dialecto diferente, lo que se cree era causa de las continuas discordias y guerras entre ellos. La semana la dividían, como los cristianos, en siete días y cada día tenía nombre especial: el mas solemne era el Tepipichinchi, esto es su domingo.

Los padres daban a sus hijos el nombre del día en que habían nacido.



Arqueología

Pocos son nuestros conocimientos sobre la arqueología de Manabí. Wiener y González Suárez visitaron la provincia, pero sus estudios sobre este punto no han aumentado gran cosa lo que ya sabíamos. Los objetos arqueológicos ilustrados y descritos por González Suárez no dejan de ser numerosos, y en cuanto a Wiener ha hecho rápida descripción y comentarios sobre una de las sillas de piedra tan peculiares de Manabí, que la hace por tal motivo muy conocida en la arqueología americana. Pero a decir verdad el único trabajo arqueológico que puede decirse que es el de George Dorsey, quien, después de pasar en 1.892 diez y seis días en La Plata, publicó en el Field Columbian Museum el resultado de sus investigaciones (29). El material hallado por Dorsey en la isla, salvo pequeñas y comunes características, difiere por completo del hallado por nosotros en el continente en el verano de 1.906. El principal interés que guió nuestra estadía en Manabí fue el de las sillas de piedra: la mayor parte del tiempo, que estuvimos en la provincia, lo dedicamos a excavaciones en los sitios en que había entierros para hacer un mejor estudio sobre ellas. De los trabajos en esta nuestra primera expedición, no hemos

sacado gran cosa en claro sobre la raza q' hizo tales sillas y las procedencias o afinidades de esta raza con las vecinas, pero nos inclinamos a creer que era diversa de la de los quichuas del Perú y de la de los otros centros culturales de la Cordillera de los Andes: los indios que habitaban en los cerros de Manabí, donde abunda el material arqueológico, vinieron a nuestro modo de ver del norte, a lo largo de la costa, y procedían de la parte meridional de Centro América. González Suárez opina que eran de los Mayans de Yucatán y Centro América, y en las notas copiamos las palabras de este autor sobre los motivos que lo inducen a creerlo así [30]. Con el enorme material nuevo que con esta obra aportamos se está en condiciones de hacer mejores estudios sobre este punto y otros.

Pozos ofuentes. Una de las cosas que más llamó la atención a los primeros descubridores de Manabí fue la existencia de pozos profundos para sacar el agua, hallados en gran número, y precisamente en la parte árida. Cieza de León afirma que los nativos tenían a los gigantes por constructores de estos pozos, y refiriéndose a los de Santa Elena, donde este autor cree que desembarcaron los gigantes, dice: «No hallaron agua y para remediar la necesidad cavaron pozos muy profundos q' son una verdadera maravilla, digna de recordarla siempre, y que por sí sola, dada la magnitud y forma de los pozos, revela que fueron hombres de otra talla y de mucha fuerza sus constructores: están cavados en la roca viva desde la superficie hasta la profundidad donde mana el agua y están cubiertos de mampostería desde la apertura hasta el fondo, todo en forma tan maciza y duradera que desafían aún a los siglos, y los desafiarán por innumerables generaciones: el agua es buena, saludable, de continuo está fresca y da muy buen gusto al beberla»

Zárate se refiere probablemente a estos mismos pozos cuando dice:» La región es muy seca, y aunque llueve algo, el agua dulce de corriente es escasa: los habitantes satisfacen la sed de pozos o aguas *rebalsadas* que llaman *jauellos*. La alusión no es muy clara, pero las aguas *rebalsadas* o cisternas de aguas dormidas evidentemente se refieren a los pozos que nos ocupan.

En la página 273 de la «Descripción de la Gobernación de Guayaquil» se hallan estas frases: La gente bebe agua de pozo, uno de los cuales llama de los Gigantes, porque, según la tradición de los indios que vivían en la provincia a la época de la llegada de los españoles, dichos gigantes, que vinieron de otras tierras, fueron los constructores de ese pozo.

Villavicencio escribe: «que a dos leguas al suroeste de Montecristi hay un cerro que llaman La Bolsa donde hay pozos artificiales, cubiertos de piedra: estos pozos son de enorme profundidad y no parecen haber sido construidos para extraer agua, pues al presente carecen de ella» (31). Son de extrañar estas frases de Villavicencio, pues en el sitio de que habla existen hasta la fecha gran número de pozos antiguos llenos de agua.

González Suárez ha hecho hincapié sobre el gran número de pozos existentes en Manabí y en su Historia del Ecuador dice lo que sigue: «Los más notables de estos pozos artesianos equivocadamente atribuidos a los gigantes, se hallan en la actual provincia de Manabí, como a una legua al S. E. de la población de Jipijapa, en un punto denominado *Choconehá*. En ese sitio hay ocho, algunos de los cuales están ya cegados y sería muy fácil hacerlos limpiar. Mas arriba hay otro, en un punto llamado *Gandil*. Encima de Montecristi hay uno, muy grande y en buen estado, pues de él se proveen todavía de agua potable no sólo los habitantes de

Montecristi sino hasta los de Manta. Uno pequeño se encuentra entre Jipijapa y Santa Ana y tiene el nombre de *Chade*. Toda la costa del Ecuador desde Manta hasta la Puná es muy escasa de agua, y, por esto, las antiguas tribus indígenas cavaron pozos hondísimos, y los acondicionaron con esmero para no carecer de agua potable. Sin duda se debían guiar por el verdor que conserva la hierba menuda del campo en los meses de verano, cuando todo está agostado, para descubrir los manantiales ocultos en lo profundo de la tierra». [32]

La mayor parte del agua que se consume en Manta se la trae al presente de pozos que existen en el pequeño caserío de Colorado y del mismo punto se lleva también, aunque en menor cantidad, agua a Montecristi. Cerca de Montecristi, en un sitio que llama Toalla, hay otros pozos de los antiguos y seguramente a ellos se refiere González Suárez en el escrito que acabamos de trasladar.

Atrás de Manta, a corta distancia de la playa, se ven unas ruinas que se extienden algunas millas en el territorio por el lado sur. En ellas, hace pocos años, fue descubierto un pozo circular, cavado a través de la viva roca. Estaba relleno de tierra y piedra menuda y en la boca tenía una enorme piedra. El dueño del terreno había comenzado a limpiar el pozo, pero por el fuerte desembolso de dinero, por la dificultad de extraer la tierra y sobre todo, quizá por la ninguna esperanza de hallar agua se suspendieron los trabajos antes de llegar al fondo. El pozo tiene al presente 42 pies de profundidad [12. 8 mts.] y eso que en la estación lluviosa con la tierra arrastrada por las aguas lluvias se ha vuelto a enterrar algunos pies. Está cortado el pozo en la dura roca en forma de espiral: la boca tiene 3 pies (91. 4 cm.) al nivel de la actual superficie del terreno y el diámetro de la circunfe-

rencia interior es de dos pies 3 pulgadas (69. 6 cm.) El diámetro disminuye a medida que se descende. A una persona le es casi imposible moverse en el fondo para poder extraer la tierra. En la vecindad de Manta no se conoce hasta la fecha otro pozo fuera de éste, pero es probable que haya otros muchos en las ruinas de que hablamos.

Pocos meses antes de nuestra llegada a Manabí se había descubierto otro pozo en el Cerro de Hojas; lo vimos en el mes de junio en momentos que el dueño del terreno se ocupaba en limpiarlo. Había llegado a una profundidad de unos 45 pies (7. 6 m.) según nuestros cálculos y ya tenía agua. Este pozo es más grande que el de Manta, tiene 8 pies (2.4 m.) de diámetro y no está cortado a través de la viva roca. Al rededor está amurallado con piedras toscas, de la misma manera que lo están aquellos a que hace referencia González Suárez. Otro pozo de los antiguos indios, se halla al pie del Cerro de Hojas, está empedrado en igual forma, tiene agua en abundancia y de ella se proveen los vecinos que viven en los ranchos de las cercanías.

Ruinas. En la provincia de Manabí existen numerosos restos de casas de los más antiguos habitantes precolombinos del lugar. Cieza de León habla de las ruinas de una ciudad cerca de Santa Elena y, poniendo en relación este hecho con el mito de los gigantes, afirma que, según la tradición de los indios ese fue el sitio donde por vez primera se establecieron tales seres.

Cerca de la actual población de Manta hay claras huellas de aldeas o ciudades existentes en épocas remotas y hoy desaparecidas. En la segunda parte de la «Descripción de la Gobernación de Guayaquil» (pags. 302 y 303) hay un interesante relato sobre Manta; se dice allí, que la ciudad indígena se llama Jocay y que los indios del tiempo de la

conquista no tenían conocimiento de la época en que fue fundada; se agrega, que a distancia de una o dos leguas de Jocay había otras tres poblaciones, Jaramijó, Camilloa y Cama, que el idioma de estos pueblos era el mismo y que los españoles obligaron a los indios a abandonar esos pueblos y a establecerse en Manta. Se cree que en los días del descubrimiento, Jocay era un pueblo de gran extensión y numerosos habitantes, gobernado por un cacique, que llamaba Lligua Tohali; pero que la crueldad de los españoles en torturar a los indios para sacarles el oro y las esmeraldas acabó rápidamente con la ciudad indígena.

Las ruinas de Jocay se las ve ahora al sur de Manta y se extienden hasta dentro de la actual población. Es muy posible que la ciudad indígena estuviese a orilla del mar, pero la ciudad moderna ha hecho desaparecer, en el lugar donde se ha establecido, todo vestigio de la antigua. Pero al interior, donde la mano del hombre ha sido menos destructora, se ven las ruinas de centenares de casas de los antiguos indios; muros o murallas están esparcidos por doquiera y aquí y acullá hay innumerables tiestos rojizos de barro dispersos en el terreno. Por las ruinas, se comprende que las casas eran comunmente de un solo departamento, pero hay muchas que tienen dos o más y algunas llegan hasta siete. Las paredes han desaparecido casi por completo, pero no lo bastante para no ver que los cimientos eran de piedras toscas colocadas de canto sobre el terreno. El espesor de las paredes es de 3 a 4 pies (91,4 cm. a 122 cm.); la construcción es idéntica tanto del lado que mira hacia afuera como del que mira hacia adentro, y es probable que estos indios en todos sus edificios levantaban las dos paredes, la una frente a la otra y rellenaban el espacio intermedio con tierra y piedra. En algunas casas se

puede aún trazar las piezas interiores en que se dividían, y de seguro que hubiera podido hacerse esa división en muchas otras, y aun con mayor exactitud, si estas ruinas no hubiesen servido de cantera a los habitantes de Manta, durante varias generaciones: de continuo se ve hasta el día de hoy gentes buscando las piedras de los muros para llevarlas a la ciudad. Hay edificios que han sido de enormes proporciones; de los que medimos hallamos uno de 190 pies de largo (57,9 metros), por 39 pies de ancho en la parte sur y 37 pies en la parte norte [11,9 y 11,3 metros]. Las medidas fueron tomadas por la parte interior. El espesor de las paredes laterales era 4 pies seis pulgadas (137 cm.) y el de la parte sur, 2 pies 7 pulgadas (78,7 cm.). Tanto las paredes interiores como las exteriores estaban construídas con planchas de piedras colocadas sobre el terreno y relleno el espacio intermedio con piedra tosca. Como la superficie en que se levantaba el edificio tenía declive hacia el mar en la parte norte, para nivelarlo se había levantado un muro, o plataforma de 35 pies de largo [10, 7 mts.]: horizontal hacia arriba y siguiendo las ondulaciones del terreno en la parte de abajo. En este trayecto ascendente no había señales de graderías de piedra. El edificio estaba orientado, según parece, de norte a sur, pero la desviación de la verdadera parte norte es mucho mayor que la observada en los edificios de México y América Central (sin duda por que eran mas imperfectos sus conocimientos astronómicos). Como las actuales ruinas se hallan por completo cubiertas de maleza, para practicar las mediciones hay que limpiar primeramente el terreno; pero a esta circunstancia, al parecer desfavorable, se debe el que se conserven aún las paredes de los edificios indígenas, pues los habitantes de Manta por no entenderse con la maleza se han contenta-

do con llevarse las piedras de las ruinas que se hallan en el campo libre donde el terreno está limpio. Otro de los edificios medidos tenía 150 pies de largo (45.7 mts.) y 41 pies de ancho (12.5 mts.). Las piedras colocadas de lado sobre el terreno para levantar la pared tenían 2 pies de alto (61 cms.). Este edificio, como el anterior, nivela el terreno por una gradería oblicua i escalonada.

Entre las ruinas hay unos terraplenes que son probablemente tumbas. En un grupo de cuartos que quedan hacia el oriente se ven numerosos fragmentos de esculturas de piedra. Las paredes de uno de los cuartos que pasaron por nuestros ojos eran de tierra, y es de creer que la construcción primitiva fue de adobes, o ladrillos de lodo, de uso tan común entre los indios de América. El tiempo habrá ocultado la división entre adobe y adobe. Dentro de este cuarto había cinco esculturas, cuatro libres y una pegada a la pared; esta última era una figura humana, cuya cabeza estaba rota; medía la figura 4 pies 9 y media pulgadas de alto [149,1 cms.] por 2 pies 4 pulgadas (71,1 cms.) de través en su mayor grosor. El hombre está esculpido en numerosas esculturas, pero piedra propiamente tal, tallada, solo vimos una, que medía 6 pies de largo (183 cms.). Menester es decir también que los trazos de todo este material escultórico están tan destruídos que no es posible juzgar por ellos del grado de cultura a que en este arte se habían elevado los indios. De las piedras de los tallados unas son calcáreas y otras, que suelen ser de menor tamaño, son porosas y arenosas.

En el patio de la Casa Tagua, un conocido establecimiento comercial de Manta, vimos dos esculturas en extremo curiosas, sacadas de estas ruinas, y cuyo grado de conservación era, con mucho, muy superior a las que vimos sobre el terreno; medían

cuatro pies de alto (122 cms.) y representaban un animal de cuerpo pequeño y pescuezo enormemente largo. Pudiera creerse que se quiso esculpir una *llama* pero tiene la figura tan poco parecido con ese animal que bien puede dudarse no sea eso lo que el artista quiso esculpir, no obstante ser muy posible que estos indios no conocieran otro animal de pescuezo largo.

Junto a los escombros de los edificios, revuelto con los tiestos rojizos de barro, hay otros fragmentos asimismo de barro pero de un material mas oscuro, y hay también restos de figuras de arcillas, mazos de piedra, manos de piedra para moler y aún piedra, de moler, pero rotas. Los habitantes aseguran que el templo indígena se levantaba en el sitio donde está hoy el moderno cementerio de Manta pero no hay la menor huella en el terreno de que sea verdadera tal tradición. Hasta el presente no se han practicado excavaciones en estas ruinas, que cubren algunas millas cuadradas de territorio y que ofrezcan para el futuro un rico arsenal para trabajos arqueológicos de gran interés.

A unas seis o siete millas al noreste de Montecristi se levanta el famoso «Cerro de Hojas» de donde se han extraído las conocidas sillas de piedra que de cuando en cuando van a los museos de Europa y Norte América. Entre Montecristi y «Cerro de Hojas» hay varias colinas y algunas muy escarpadas, pero de ellas solo una alcanza mas de 500 pies de elevación sobre el nivel del mar (150mts.) y se la llama «Cerro Bravo» por los habitantes del lugar. En todas estas colinas y cerros hay claras huellas, como en las ruinas de Manta, de los sitios en que se levantaban las habitaciones de los antiguos indios: los nativos los llaman *corrales*, lo que en lengua española significa un lugar cercado o encerrado. Abundan estos corrales, en todas

partes, pero sorprende que nunca se los ha hallado en Cerro Bravo, al menos no los hemos visto con nuestros ojos en nuestras excursiones, y los nativos que conocen palmo a palmo los cerros, porque los recorren en persecución de los venados, nos dicen también no haberlos hallado jamás. [¿Sería ese Cerro un lugar sagrado?].

Al norte de los desfiladeros de «Cerro Bravo» y al noroeste del «Cerro de Hojas» se levanta un caserío que no aparece en el mapa (que publica Saville en su obra en el original inglés) y se llama «La Sequita». En este caserío hay *corrales* indígenas en gran número, husos en abundancia y numerosos fragmentos de barro. Muchas de esas ruinas están conservadas porque los habitantes del caserío cultivan la tierra solo en la meseta occidental del Cerro de Hojas. En el mapa que publicamos se llama Cerro de Hojas a toda la cadena de esta montaña, pero es de advertir que en la localidad no lleva ese nombre sino una pequeña parte de ella. Así, a la espalda y al norte de lo que propiamente se llama Cerro de Hojas se halla una quebrada profunda que hace de línea divisoria de una pequeña cadena de cerros que se extienden al noroeste y son conocidos con el nombre de Cerro de Jaboncillo. Este cerros, mejor dicho cerros, son algo mas elevados que los del Cerro de Hojas. Algunas leguas al sur este de Montecristi hay otras dos hileras de cerros llamados Cerro de Jupe y Cerro de Agua nueva, y ya en la vecindad de Jipijapa, cantón que está en el lindero con la provincia del Guayas y queda al sur de Montecristi, se levanta otra cadena de cerros conocidos con el nombre de Manantiales. En estos cerros de Manantiales, lo mismo que en Cerro Bravo, no hay huella alguna de *corrales* o sitios de los antiguos edificios: y son éstos los únicos lugares entre los descritos donde no los hay. Los indios conc-

tructores de las obras que venimos describiendo, pertenecían indudablemente a una misma cultura, a juzgar por la analogía de lo que queda porque ha sido respetado por los siglos. En la cadena del Cerro de Hojas, hay corrales tanto en la cúspide de los cerros como al pie y en las laderas de ellos. Se ven también terrazas niveladas cada una de las cuales sirve de base para un edificio de uno o más departamentos, y en algunas laderas las terrazas se hallan las unas debajo de las otras semejando una gradería enorme, donde las casas deben haber ido superpuestas las unas a las otras.

Una casa del Cerro de Hojas tenía estas dimensiones: largo 37 pies (11.3 mts.) ancho 23 pies 6 pulgadas (7.16 mts.); esa era una casa que podemos llamar común; la de mayor dimensión que hallamos medía 151 pies de largo (49 mts.) por 41 pies (12.5 mts.); en la parte interior de esta enorme casa no se veía el menor vestigio de pared y formaba un solo departamento abierto en la parte norte.

En estas casas se suelen hallar columnas de piedra y esculturas de hombres y otras cosas muy curiosas que irán descritas en los grabados.

En las casas del Cerro de Jaboncillo fueron desenterrados numerosos e interesantes bajo relieves de piedra, tan propios de aquel sitio que no los hemos visto parecido en ninguno de los otros cerros, ni ha llegado a nuestro conocimiento que los haya. En el deseo de ver en alguna parte ruinas de templos hemos subido a la cúspide de los montes desde donde se domina el panorama y se puede conjeturar los sitios en que podían levantarse, pero no los hemos hallado y no se ve el menor vestigio de una construcción de esta clase. Por esto y por la no división en departamentos de pocas y grandes casas dispersas en los cerros, de una de las que hemos dado las medidas,

podiera presumirse que dichas casas sean templos o lugares públicos donde deliberaban los caciques o magnates del lugar, pero esto no pasa, como decimos, de una mera presunción. Las paredes de las casas, que han pasado por nuestros ojos, no se elevan a una altura mayor de 2 pies [61 cms.] y están construídas con piedras toscas clavadas sobre el terreno en análoga forma a las que dejamos descritas en las ruinas de Manta. Sólo en una de esas casas observamos un sistema de construcción diverso: los cuartos no son grandes; las paredes, de piedras cuadradas, no forman ángulo recto al juntarse sino que se inclinan dos de ellas sobre una tercera para cerrar un ángulo de poco más o menos setenta grados por cada extremo. La casa se hallaba enterrada y cubierta de la profunda y espesa vegetación que suele ser común en el Cerro. Como en los alrededores no había ninguna piedra diseminada podemos conjeturar que la parte superior era de material ligero que ha sido destruído por el tiempo, adobes o ladrillos de tierra secada al sol, quizá, y quizá también caña o madera. Es posible que la tal casa, tan distinta de las otras que hay a centenares en el Cerro, pertenezca a un sistema diverso de construcción, usual en época más remota.

Sillas de piedra. Ellado por el que la Arqueología de Manabí despierta mayor curiosidad es por el de las sillas o asientos de piedra que se hallan en la cumbre de los cerros no muy distantes del mar. El área en que se suelen encontrar estas sillas tiene unas veinte millas de diámetro y fuera de este lugar no las hay en ninguna otra parte, ni en Norte ni en Sur América: son objetos propios solo de Manabí. Los primeros historiadores no las mencionan siquiera, lo que prueba, quizá, que por la época en que Pizarro, y sus compañeros, pasaron por la

Provincia, las ciudades cuyos restos vemos hoy en los cúspides de los cerros habían desaparecido ya, en ese entonces, y se hallaban en ruinas cubiertas por la maleza del bosque. La primera noticia de la existencia de esos indios, que en Manabí fabricaron sillas de piedra y se elevaron a cierto grado de cultura, nos la da Villavicencio, en su Geografía de la República del Ecuador, que publicó en Nueva York en 1.858. Dice allí: «A dos leguas al norte de Montecristo se hallan algunas colinas tales como el Cerro de Hojas. Es este Cerro una montaña baja que forma una meseta en su cima, en la que hay un círculo de sillas de piedra, en número no inferior a treinta. Las sillas no son lo suficientemente grandes como para ser trasportables; se componen de una sola piedra, en la parte inferior la piedra está bien labrada y tiene una esfinge que soporta en la parte de arriba el asiento, que es cómodo y con dos brazos laterales. Las sillas colocadas en círculo han sido quizá el lugar de reunión, congreso diríamos, de hombres o magnates de la Nación Cara, que se reunían aquí para sus conferencias antes de subir a la conquista del reino de Quito. Dos de estas sillas las hemos llevado para nuestro museo y las conservamos en Guayaquil.»

Este hecho narrado por Villavicencio lo acepta Bellaert en su obra: *Antiquarian, Ethnological, and Other Researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chiliby* en muchos otros recientes escritores hemos visto también aceptada la dicha versión de haberse hallado las sillas colocadas en círculo y aún se dice, y nosotros lo hemos oído de boca del pueblo, que en el centro de este círculo había una mesa de piedra. Wiener que visitó estos cerros en julio de 1.882 y envió a Europa una de esas sillas, que se halla ahora en el museo del Trocadero, nada nos dice del orden en la colocación de ellas: refiere

sencillamente (38) que a unas once y media millas al noreste del pequeño puerto de Manta, en unos lugares pedregosos, se hallan muchos otros ejemplares de sillas rotas, cuatro de las cuales pueden ser fácilmente reparadas. Advertiremos de paso que la distancia que se indica de la base del cerro a Manta, no es, con mucho, mayor a cinco millas según nuestras observaciones. González Suárez que también visitó el «Cerro de Hojas» dice en su Arqueología del Ecuador, «que las sillas se hallan en semicírculo en varias de las planicies o mesetas del Cerro y que el Cerro se compone de varias colinas, en la cumbre de cada una de las cuales se suelen hallar las sillas colocadas con cierta simetría.» Y en otra parte de la misma obra añade: «que en cada una de las cumbres o conos truncados de las colinas hay, en número mas o menos considerable de sillas y columnas de piedra colocadas en círculo.»

En nuestra visita a Manabí tomamos particular nota de este hecho e hicimos con gran cuidado el examen de los lugares a que se refiere la narración anterior. Numerosos restos de casas o edificios de los antiguos indios, conocidos en la localidad con el nombre de *Corrales*, hallamos en el Cerro de Hojas y los hemos descrito al hablar de las ruinas. Las sillas que hallamos en nuestras excavaciones estaban dentro de los departamentos de estas casas y no guardaban en su colocación orden simétrico alguno, ni las vimos jamás formando círculo o semicírculo o teniendo en el centro una mesa de piedra. Lo que es mas, ni siquiera hemos hallado planchas o fragmentos de mesa en ninguna de las ruinas; pequeños bajo relieves de que hablaremos después nada tienen que ver con este asunto. En ciertos cuartos o departamentos se halló sólo una silla, en otros dos y en algunas de las casas hubo 3, 4 y aún

cinco sillas. Por lo dicho tenemos por cuenta la versión de hallarse o haberse hallado en el «Cerro de Hojas» tales muebles en el orden simétrico de que hablan Villavicencio y González Suárez. No visitamos ni el Cerro de Jaboncillo ni los dos cerros, aun mas distantes de Jupa y Agua Nueva; nada difícil sería que en ellos se hallasen las sillas en el orden simétrico que se dice; pero los datos que hemos tomado de boca de los nativos nos inclinan a creer que tanto allá como en el Cerro de Hojas las sillas se encuentran dentro de las casas.

La mayoría de la piedra empleada en el trabajo es andesita, pero hay también piedra arcillosa formada por la conglomeración de conchas marinas. Las efigies esculpidas en las sillas sobre las que está el asiento puede dividírselas en dos grupos, las que tienen figura humana y las que representan animales, en aquellas hay gran uniformidad en la manera de concebirlas, no así en éstas, que son variadísimas. En nuestra colección, que ahora se halla en Nueva York, más de la mitad de las sillas tienen bajo el asiento la figura encorvada de un hombre y el resto llevan la figura de un animal que suele ser el *Puma*, representado en muy diversas formas: a veces con las orejas salientes, en otras no mucho y en un ejemplar se las ha ocultado por completo: el rabo está a veces bien esculpido y en otras no aparece. La división de figuras de hombres y animales podemos restringirla aún mas, a hombre y puma: pero fuera del puma tenemos tres ejemplares que representan un pájaro, un murciélago y un mono, y hay un cuarto ejemplar que representa también al puma, pero solo la cabeza, dentro de un redondel, y parece que con ella se ha querido imitar el dibujo de uno de los discos de cobre que no suelen ser raros en Manabí y otras provincias del Ecuador. Con lo dicho nuestra colección de sillas

Plancha N^o VI [Nos. 1, 2 y 3 o sea vista de frente, de costado y de atrás]. Representa una figura humana encorvada. La piedra es de ligero color plomizo y está bastante destruída. El brazo derecho de la silla está quebrado en su parte superior. Una banda cubre la frente y rodea la cabeza. Las orejas se dibujan con perfecta claridad y aparecen grandes y con señal de pequeños adornos. La nariz es agulleña y la piedra se ha conservado en esta parte perfectamente bien. Las manos, con el pulgar encima, están cerradas y descansan sobre el pedestal. Los dedos de los pies caen hacia abajo en la parte posterior y superior del pedestal. La faja del lienzo que cubre la cabeza se la nota al respaldo de la escultura. El asiento en su parte de lantera está ligeramente curvado hacia los brazos de la silla, que quedan hacia adelante. El pedestal tanto en la parte anterior como en la posterior es más angosto del lado de abajo que del de arriba. Esta silla, no obstante ser una de las más grandes de nuestra colección tiene el pedestal más pequeño que en otras sillas de menor tamaño. Las dimensiones de la silla son: mayor altura, medida por el lado derecho 33, 114 pulgadas (84,5 cms.); ancho, medido en el lado exterior del asiento 28, 112 pulgadas (72,4 cms.); por el lado interior y en la parte de arriba: frente 14 pulgadas (35,6 cms.), atrás 13, 718 [35,2 cms.]; longitud mayor del asiento, en la parte de adentro, de delante a atrás 15, 518 pulgadas [39,7 cms.], en la misma parte de adentro, pero medido hacia la parte superior de los brazos 10 pulgadas [25,4 cms.]; espesor mayor de la silla 4 pulgadas (10,2 cms.); ángulo que forma el frente de la silla con los brazos, setenta grados; altura mayor de la figura humana 13, 114 pulgadas (33,7 cms.) promedio de la altura del pedestal 4, 114 pulgadas (10,8 cms.); parte sobresaliente de los brazos en la parte superior de la silla boca abajo 1, 112 pulgadas (6,3 cms.).

La silla es del Cerro de Jaboncillo.



Plancha N^o V I



2 Vista de lado



1 Vista de frente

Plancha (VII Nos. 1, 2 y 3).

Figura humana encorvada. La cabeza tiene una banda sobre la frente y se levanta algo sobre la espalda en línea horizontal. La figura humana que sostiene la silla es la de un cuerpo bien alto. El antebrazo no está esculpido: queda oculto y es tan pequeño que puede decirse, el codo y las manos vienen a ocupar casi el mismo puesto. Las manos cerradas, con el pulgar sobre el índice, descansan sobre el pedestal. En las extremidades inferiores se sigue la misma desproporción; la pierna, de la rodilla al pie es muy pequeña en relación con la misma pierna de la rodilla a la cadera: muslo: como consecuencia los pies vienen a quedar cerca de la rodilla: se dirigen hacia abajo en la parte posterior de la base. El asiento descansa sobre un soporte colocado sobre la espalda de la figura, y sus dos ramas laterales son de altura desigual, la de la derecha es mas alta que la de la izquierda. Tanto de frente como de atrás, los bordes que rodean las dos extremidades superior e inferior del asiento están casi en la misma línea vertical, pero se unen entre ellos formando una pequeña comba. Las dimensiones de la silla son: mayor altura, lado derecho 26 y 1/4 pulgadas [66,7 cms.]; mayor anchura 19,7/8 pulgatrás (50,5 cms.); anchura del asiento de frente en su parte interna superior 12,3/4 pulgadas (32,4 cms.); en su parte posterior 11,1/2 pulgadas (29,2 cms.); mayor longitud de la silla del frente hacia atrás, por la parte interna del asiento 12 pulgadas (30,5 cms.); por la parte superior de los brazos 10 pulgadas (25,4 cms.); espesor mayor de la silla 3,1/4 pulgadas (8,3 cms.); mayor altura del hombre esculpido que sostiene el asiento 9,1/2 pulgadas (24,1 cms.); promedio de la altura del pedestal 3,1/2 pulgadas [8,9 cms.]; parte que sobresale hacia afuera en la parte superior de los brazos, 5/8 de pulgadas (1,6 cm.).

La silla es del Cerro de Jaboncillo,

Plancha VIII



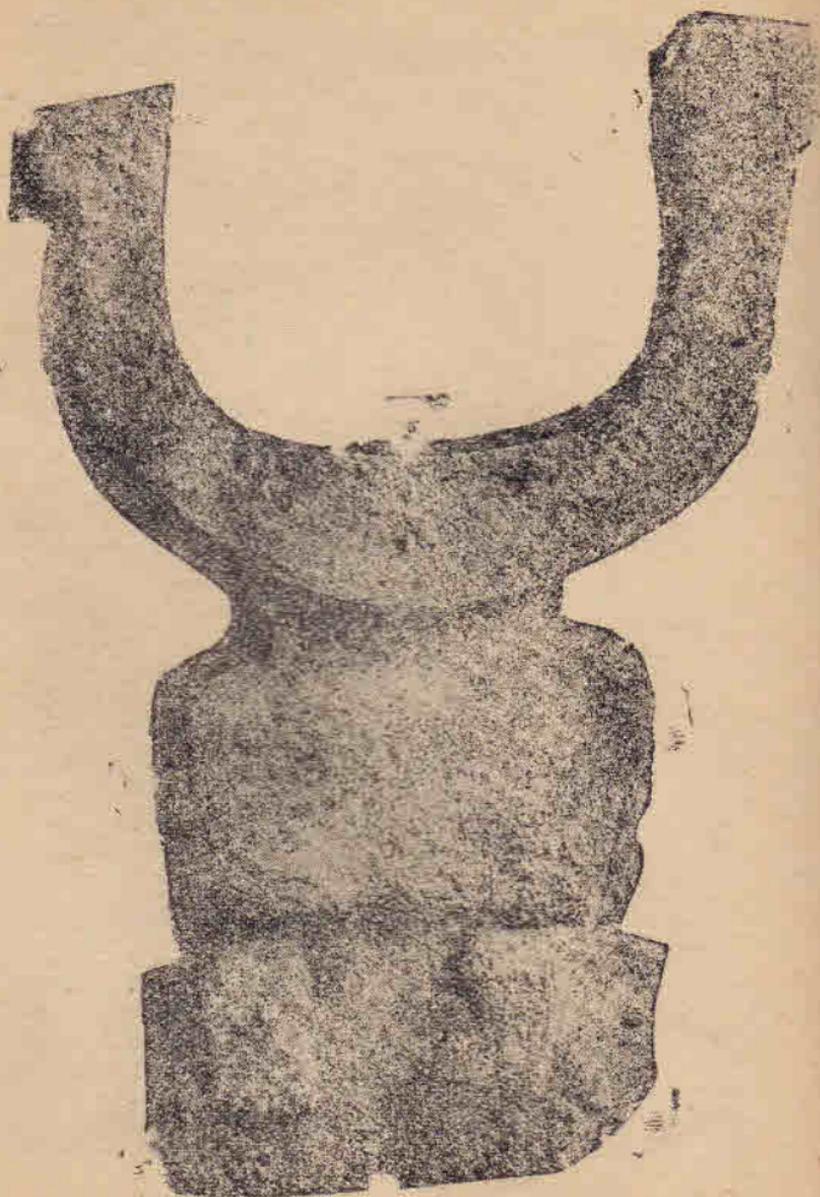
Nº 1 (de frente)

Plancha VIII



Nº 2 (de load)

Plancha VIII

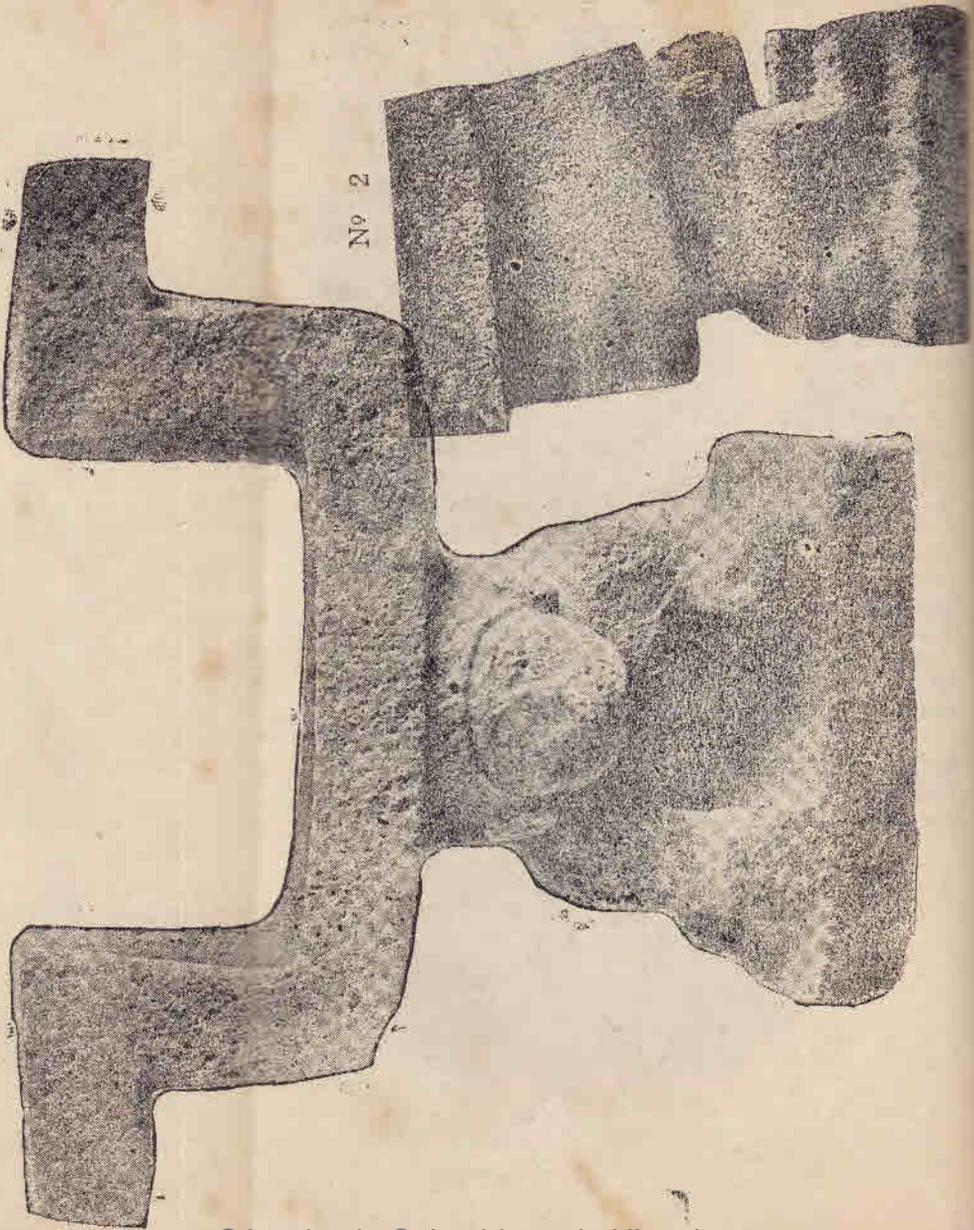


Nº 3 (de atrás)

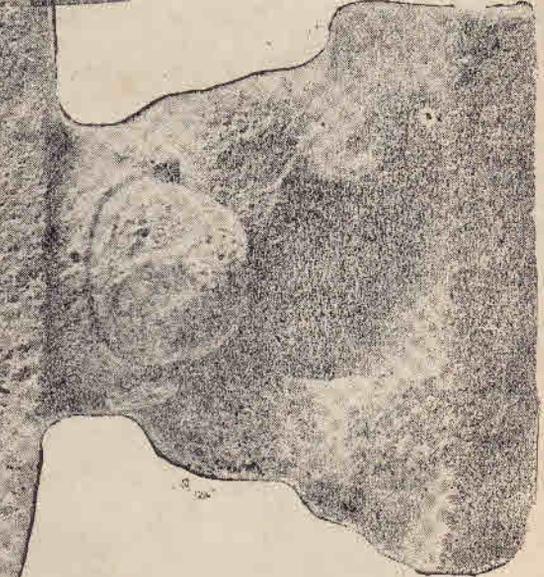
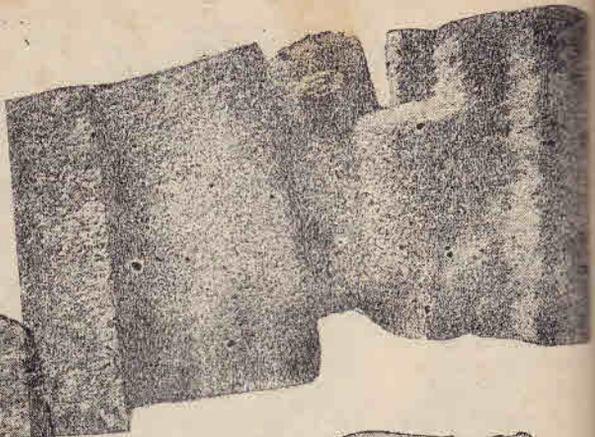
Plancha Nos. VIII 1 y 2. Figura humana encorvada. La cabeza tiene una banda sobre la frente, y se levanta, sobre el resto del cuerpo, a mayor altura. Las orejas son prominentes y están achatadas del lado que miran a la cara. La nariz de la escultura el tiempo la ha destruído. El asiento descansa sobre la totalidad de la espalda de la efigie y cubre aún la cabeza, de modo que la superficie externa del asiento viene a quedar en la misma línea de la parte superior de la cabeza. Las manos cerradas descansan sobre el pedestal. Los dedos de los pies caen hacia la parte superior y posterior del mismo pedestal. Esta silla no es de las más altas, pero es la más ancha y la más maciza de todas las que tenemos, y hemos visto en Manabí. Las dimensiones son: altura mayor del asiento, lado izquierdo 28 $\frac{1}{2}$ pulgadas (27,4 cms.); mayor anchura 34, $\frac{1}{2}$ pulgadas (87,6 cms.); anchura dentro del asiento en la parte superior, frente 16, $\frac{1}{4}$ pulgadas (41,3 cms.), atrás 14 $\frac{3}{4}$ [37,5 cms.]; longitud en la parte superior de los brazos 12, $\frac{1}{2}$ pulgadas (31,8 cms.); en la parte inferior, de frente atrás y por dentro 14, $\frac{3}{8}$ pulgadas (36,5 cms.); mayor espesor 4, $\frac{1}{8}$ (10,5 cms.); declive del asiento al frente 80 grados; altura mayor del pedestal 3, $\frac{3}{8}$ (9,6 cms.); parte sobresaliente en la parte externa de cada uno de los brazos de la silla 7 $\frac{1}{16}$ de pulgadas (1,1 cm.).

La silla es del Cerro de Jaboncillo. Las figuras anteriores numeradas al dorso de la plancha VII, con plancha VIII, corresponden a la plancha VII y sólo por error se ha cambiado la numeración.

Plancha VIII No. 1



No. 2



Plancha IX Nos. 1, 2 y 3 Figura humana encorvada. Como en las anteriores figuras la cabeza tiene una banda sobre la frente y se eleva a mayor altura que la espalda. La cara es ancha, la nariz está destruída y la boca es pequeña, se ven con claridad los ojos. Las orejas y sus adornos son semejantes a los de las esculturas (figura humana) de la plancha XIX. El cuerpo de la figura es alto; pero las extremidades son desproporcionadas con los otros miembros. Ni las manos ni los pies se observan con claridad. A la silla le falta la rama lateral izquierda del asiento. El borde delantero de los brazos es de una curva muy fuerte hacia atrás; el borde posterior, es casi vertical. El pedestal está ahuecado en su interior, cosa que no sucede en ninguna otra silla. Las dimensiones son: altura mayor del asiento, lado derecho 22,3[8 pulgadas (56,8 cms.); longitud mayor del asiento del frente hacia atrás, por dentro 13,1[2 pulgadas (34,3 cms.); longitud en la parte superior de los brazos, 10 pulgadas (25,4 cms.); espesor mayor del asiento 2,5[8 pulgadas (6,7 cms.); parte sobresaliente del único brazo en la parte superior 1.7[8 pulgadas (4,8 cms.).

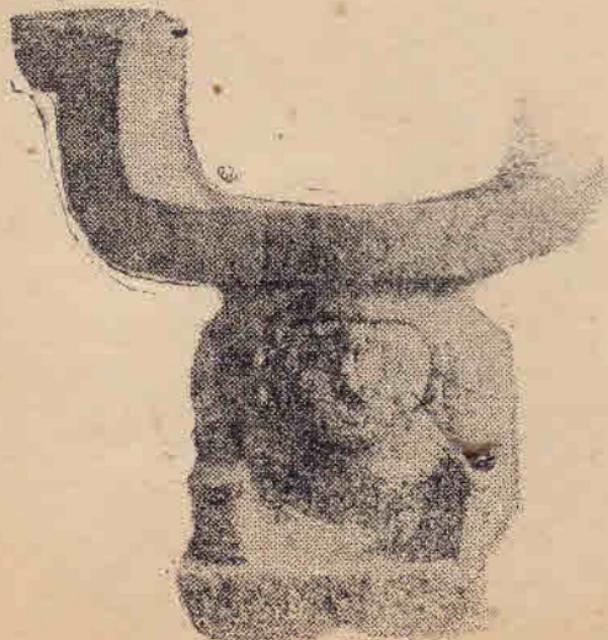
La silla es del Cerro de Hojas.

Plancha IX Nos. 4, 5 y 6 Figura humana encorvada. La piedra está muy destruída. La cabeza, tiene una banda sobre la frente y se levanta ligeramente sobre la espalda. El pescuezo es redondo y está muy hinchado. El resto del cuerpo apenas se lo ve. Las manos cerradas descansan sobre el pedestal con el pulgar sobre el índice. Los dedos de los pies se dirigen hacia abajo en la parte posterior y superior del pedestal. El brazo, o rama derecha del asiento, es mas alto que el izquierdo. La silla tiene un declive de adelante hacia atrás que llega en el brazo derecho a 70 grados y en el izquierdo a 80 grados. Tomando por punto de partida el frente del pedestal, el lado derecho del asiento queda mas atrás que el iz-

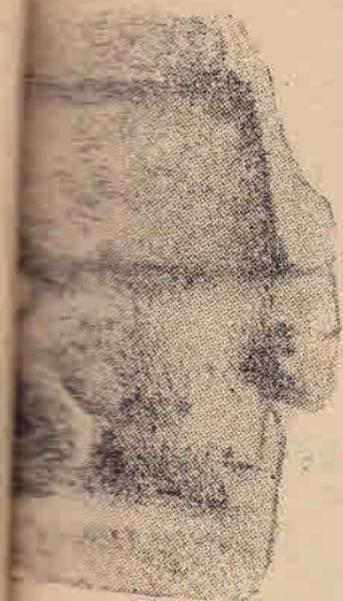
quierdo. Las dimensiones de la silla son: altura mayor del asiento, lado derecho 23, 1/4 pulgadas (59,5 cms.) anchura mayor 27, 3/4 pulgadas (70,5 cms.); anchura dentro del asiento en la parte superior al frente 15, 1/2 pulgadas (39,4 cms.); atrás 14, 3/4 pulgadas (37,5 cms.); mayor longitud de la silla de frente hacia atrás por dentro en la parte inferior del asiento 12 pulgadas (30,5 cms.), en la parte superior de los brazos 9 pulgadas (22,9 cms.); espesor mayor de la silla 3, 1/4 pulgadas (8,3 cms.); brazo derecho, por atrás desde el pedestal 1, 9/16 pulgadas (4 cm.), brazo izquierdo 7/8 de pulgada (2,2 cms.); altura de la figura humana desde el pedestal hasta el asiento 11, 1/4 pulgadas (28,6); altura del pedestal 2, 3/4 pulgadas (7 cms.); parte sobresaliente de los brazos en la parte superior 2 pulgadas (5,1 cms.).

La silla es del Cerro de Hojas.

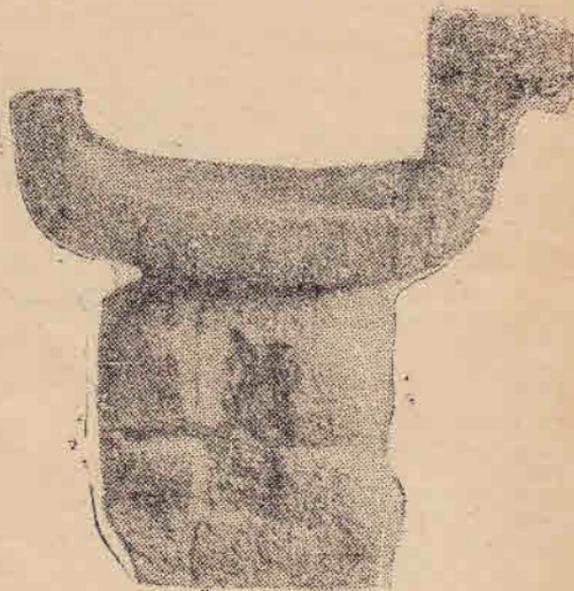
Plancha IX N° 1



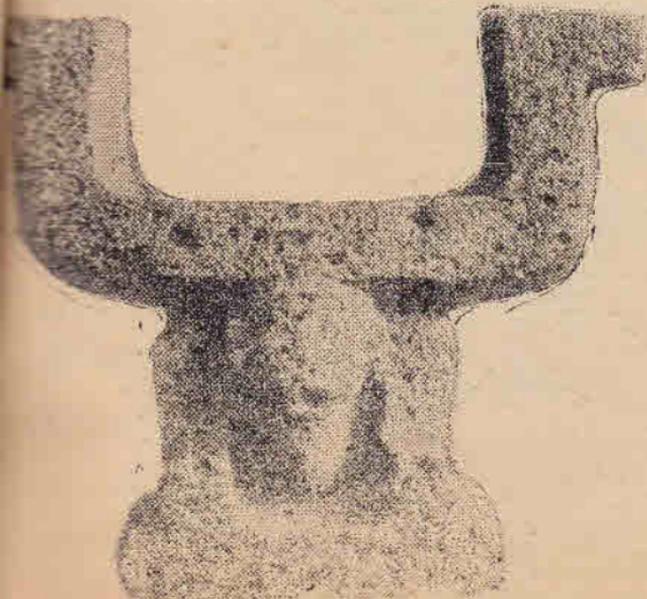
Nº 2



Nº 3

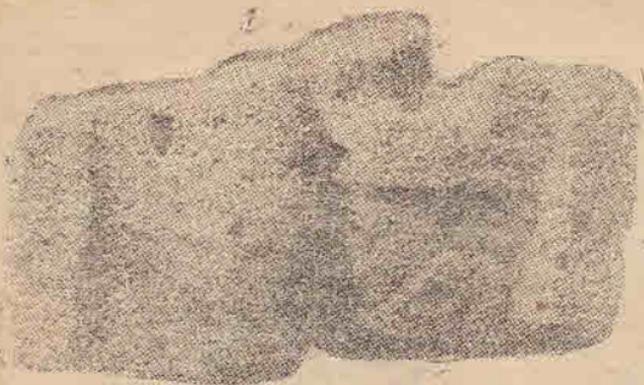


Nº 4



Plancha IX

Nº 6



Plancha IX Nº 6





Valor \$ 0,30

Taller. Anexo a "El Cronista"--Portoviejo